

SANIDAD DIVINA: Una parte integral del evangelio

Declaración oficial sobre la sanidad divina fue adoptada el 20 de agosto del 1974 por el Presbiterio General del Concilio General de las Asambleas de Dios.

Desde su inicio el Concilio General de las Asambleas de Dios ha reconocido la sanidad divina para toda la persona como una parte importante del evangelio. Es parte de las buenas nuevas que Jesús comisionó a sus discípulos a proclamar.

La constitución de las Asambleas de Dios en su Declaración de verdades fundamentales, sección 12, dice: “La sanidad divina es una parte integral del evangelio. La liberación de la enfermedad ha sido provista en la expiación, y es el privilegio de todos los creyentes (Isaías 53:4,5; Mateo 8:16,17; Santiago 5:14-16)”.

Aunque es imposible en un documento breve abarcar todos los aspectos e implicaciones de esta declaración o responder a todas las preguntas que han surgido sobre este tema, intentaremos mostrar que la declaración es bíblica.

Una parte integral del evangelio

Al observar el ministerio de Jesús y los apóstoles, es evidente que la sanidad divina no era algo de poca importancia. Era un testimonio importante de que Jesús era la revelación del Padre, el Mesías prometido, y el Salvador del pecado (Vea Juan 10:37,38).

La Biblia muestra una conexión cercana entre el ministerio de sanidad de Jesús y su ministerio de salvación y perdón. Su poder para sanar realmente era un testimonio de su autoridad para perdonar pecados (Marcos 2:5-12). Una y otra vez sus milagros de sanidad eran paralelos a sus predicaciones del evangelio y mostraban la misma compasión (Mateo 4:23; 9:35,36).

La gente venía de todas partes tanto para escucharlo como para ser sanadas (Lucas 5:15; 6:17,18). Él nunca los rechazó, sino que sanaba a todos los que se le acercaban (Mateo 12:15; 14:14), sanando toda clase de enfermedades, deformidades, defectos, y heridas (Mateo 15:30,31; 21:14). Él también liberaba a las personas poseídas por demonios y de los problemas que éstos causaban (Mateo 4:24).

Jesús reconoció que la enfermedad frecuentemente era el resultado del pecado (Juan 5:14) o de la actividad de Satanás (Lucas 13:16). Sin embargo, Él también reconoció que la enfermedad no siempre era el resultado directo del pecado (Juan 9:2,3). Había situaciones en que simplemente era una oportunidad para glorificar a Dios (Marcos 2:12).

Los milagros de sanidad eran una parte importante de la obra que Dios quería que Jesús hiciera (Juan 9:3,4). Esto está de acuerdo con la revelación del Antiguo Testamento que muestra a Dios como el Gran Médico, Jehová el sanador (Éxodo 15:26; Salmo 103:3, los participios hebreos usados en los dos casos indica que sanar era la naturaleza de Dios). Jesús mostró que la sanidad divina es todavía una parte vital de la naturaleza y plan de Dios.

Las sanidades también ayudaban a identificar a Jesús como el Mesías y Salvador prometido. Como el Gran Médico, Jesús cumplió la profecía de Isaías 5:4, que en el hebreo es muy enfático: “Ciertamente llevó [levantar – quitar] él nuestras enfermedades, y sufrió [una carga pesada] nuestros dolores” (“enfermedades” es la misma palabra usada para describir la enfermedad física en 2 Crónicas 16:12; 21:15,18,19; Isaías 38:9. “Dolores” es la misma palabra usada para el dolor físico en Job 33:19.)

Mateo aplica esto específicamente al ministerio de sanidad de Jesús: “El mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias” (Mateo 8:17). Isaías conecta esto con el ministerio de salvación de Jesús (Isaías 53:5). Sus sufrimientos fueron por nuestros pecados y

dirigían a nuestra paz con Dios: “Por su llaga fuimos nosotros curados [sanidad ha venido a nosotros]”.

El contexto en Isaías 53:6 y la aplicación en 1 Pedro 2:24,25 enfatizan especialmente la sanidad o restauración del pecado. Sin embargo, en vista del énfasis en la enfermedad física dado en Isaías 53:4, es claro que este pasaje incluye sanidad de los efectos espirituales y físicos de nuestros pecados y rebelión.

Cuando Juan el Bautista estaba en la cárcel, él empezaba a dudar de si Jesús realmente era el Mesías prometido o sólo otro precursor como él. Jesús respondió llamando su atención a las obras mesiánicas que conectaban los milagros con la predicación del evangelio a los pobres. Así pues, la sanidad era un testigo importante, una parte integral del evangelio (Isaías 61:1,2; Lucas 4:18; 7:19-23).

La sanidad divina siguió siendo una parte integral del evangelio durante el ministerio de los apóstoles y la iglesia primitiva. Jesús mandó a los Doce y a los Setenta a predicar y sanar a los enfermos (Lucas 9:2; 10:9).

Después de Pentecostés “muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles” (Hechos 2:43). Lucas trata el libro de los Hechos como una extensión de lo que Jesús hacía y enseñaba, no sólo por los apóstoles sino también por una iglesia llena del Espíritu Santo (Hechos 1:1,8; 2:4).

Los milagros, sin embargo, no estaban limitados a los apóstoles. La promesa de Jesús era para todos los creyentes (Juan 14:12-14) que pedirían en su nombre (es decir, los que reconocían su autoridad, sometiendo a su naturaleza y sus propósitos).

Dios usó a diáconos como Felipe para predicar y sanar (Hechos 8:5-7), y un discípulo poco conocido, Ananías, para sanar a Saulo (Pablo) (Hechos 9:12-18). Marcos apoya la sanidad en el ministerio de los creyentes (Marcos 6:13, 9:38,39; 16:15-18).

Los dones de sanidad están incluidos en las manifestaciones del Espíritu con el propósito de edificar o animar la iglesia (1 Corintios 12:7) y están conectados con el testimonio de Jesucristo como Señor (1 Corintios 12:3).

La provisión en la expiación

Bajo la Ley, prestaban mucha atención a los sacerdotes, cuyo ministerio nos dirige a nuestro gran Sumo Sacerdote que se compadece de nuestras debilidades (Hebreos 4:14,15). Los sacerdotes, al rociar la sangre de los sacrificios, expiaban los pecados del pueblo.

Una evaluación de la expiación en la Biblia hebrea muestra que en la mayoría de los casos se refiere a un rescate pagado para la redención y restauración. Esto señala la redención por Cristo cuando Él derramó su sangre por nuestro beneficio y en nuestro lugar. Dios lo ha puesto como propiciación (literalmente, una cubierta de misericordia) por medio de la fe en su sangre (Romanos 3:25).

La referencia de la cubierta de misericordia, o el propiciatorio, se remonta hasta Levítico 16, donde el sumo sacerdote iba una vez al año para rociar sobre el propiciatorio, la cubierta de oro puro puesta encima del arca del testimonio, la sangre de una ofrenda por los pecados. Dentro del arca estaban las tablas de la Ley, que el pueblo había quebrantado.

La Ley quebrantada exigía el juicio y la muerte. Pero cuando la sangre de un cordero sin mancha era rociada, representando la vida sin pecado de Cristo, Dios veía esta vida sin pecado en vez de la Ley quebrantada y podía así responder con misericordia y bendiciones.

El propósito principal de la expiación era la purificación de pecado (Levítico 16:30; vea también Romanos 5:11, Romanos 11:15, y 2 Corintios 5:18,19 donde expiación está traducido como “reconciliación”). Es claro, sin embargo, que la expiación traía liberación del castigo y las consecuencias del pecado para hacer posible la restauración de las bendiciones y el favor de Dios.

Cuando la gente se quejó después del juicio, que fue el resultado de la rebelión de Coré, Datán, y Abiram, Dios envió una plaga sobre los israelitas. Moisés entonces mandó a Aarón en medio de la congregación, donde él hizo expiación por ellos, y la plaga cesó (Números 16:47,48).

Leemos también que cuando contaron a los hombres de Israel, tenían que dar medio siclo como el precio de su redención y para evitar que viniera sobre ellos una plaga (Éxodo 30:12,15). La expiación entonces libraba de las consecuencias del pecado, incluida la enfermedad.

La Biblia dice claramente que las personas no podían pagar el precio de su redención, pero que entonces Dios, en su amor y por la gloria de su propio nombre, proveyó la expiación (Romanos 3:25; vea también Salmo 65:3; 78:38; 79:9; Romanos 3:21-28).

Que esta expiación fue provista no sólo por el pecado sino también por las consecuencias del pecado, está ilustrado por Oseas, cuando volvió a comprar a su esposa, a un alto precio para él, cuando ella iba a ser vendida como esclava (Oseas 3:1-5; 13:4; 14:4).

Además esto se ilustró en el incidente con la serpiente de bronce: la gente sólo tenía que mirarla y vivía (Números 21:9).

Todo esto fue obtenido por medio de Cristo en el Calvario (Juan 3:14-16). Allí Él hizo una expiación completa por la persona entera. El Nuevo Testamento se refiere a esto como redención, que es esencialmente lo mismo que expiación. Por Cristo hemos recibido la redención y el perdón de pecados (Romanos 3:24; Efesios 1:7; Colosenses 1:14; Hebreos 9:15).

Así pues, la expiación es la provisión para las consecuencias del pecado. Aun donde la enfermedad no es el resultado directo del pecado, todavía está en el mundo por causa del pecado. Entonces es una de las obras del diablo que Jesús vino a destruir, (1 Juan 3:8) y por tanto está incluida en la expiación.

La Biblia indica, sin embargo, que hasta que Jesús venga gemimos porque todavía no hemos experimentado la redención de nuestro cuerpo (Romanos 8:23). Solamente cuando los que han muerto en Cristo resuciten y seamos transformados, cada uno recibirá un cuerpo nuevo semejante al cuerpo glorioso del Señor (1 Corintios 15:42-44, 51-54).

Al considerar el paralelo entre la redención y la expiación, vemos que la provisión para nuestro cuerpo es la redención mencionada en Romanos 8:23. Recibimos el perdón de pecados ahora en conexión con la redención de nuestra alma. Recibiremos la redención de nuestro cuerpo cuando seamos arrebatados a recibir el Señor y seamos transformados conforme a su imagen (1 Corintios 15:51-54; 2 Corintios 5:1-4; 1 Juan 3:2). La sanidad divina es la anticipación de esto, y como todas las bendiciones del evangelio, fluye de la expiación.

Así pues, las palabras de Isaías 53:4 hablan específicamente de las enfermedades físicas e indican que Cristo en su expiación quería dar la provisión tanto para la enfermedad cuanto también para el pecado. Mateo 8:16,17 no sólo confirma esto, sino muestra que la expiación incluye la sanidad divina como una manera de satisfacer las necesidades de los que se acercan a Jesús.

El privilegio de todos los creyentes

De la misma manera que la salvación es por gracia por medio de la fe (Efesios 2:8), todas las bendiciones y dones de Dios son nuestros por medio de su gracia o favor inmerecido. No los ganamos. No los merecemos.

Nadie en el Nuevo Testamento exigía sanidad. La gente se acercaba a Jesús suplicándole. No pensaban que la sanidad era su derecho, sino un privilegio misericordioso que era ofrecido a ellos.

Como un privilegio de los creyentes, la promesa de sanidad no niega el sufrimiento por la causa de Cristo y el evangelio. Se espera que estemos preparados para seguir su ejemplo (Hebreos 5:8; 1 Pedro 2:19,21; 4:12-14,19).

Tampoco debemos ver la sanidad divina como un sustituto de la obediencia a las pautas de salud física y mental. Jesús reconocía la necesidad de los discípulos de escaparse de las multitudes

y descansar por un rato (Marcos 6:31). Jetro notó que si Moisés no delegaba algunas de sus responsabilidades a otros, desfallecería (Éxodo 18:18).

La sanidad divina tampoco es una manera de evitar los efectos de la vejez. Aunque los ojos de Moisés nunca se oscurecieron, ni perdió él su vigor hasta el día de su muerte (Deuteronomio 34:7), este privilegio no fue dado al rey David (1 Reyes 1:1-4).

La desintegración gradual causada por la vejez, descrito tan gráficamente en Eclesiastés 12:1-7, es la experiencia común de creyentes y no creyentes. La sanidad todavía está disponible para los ancianos, pero la parte que fue sanada normalmente sigue envejeciendo como el resto del cuerpo. Todavía no tenemos la redención del cuerpo.

Aun nosotros que tenemos las primicias del Espíritu gemimos y estamos con dolores de parto como el resto de la Creación, esperando con paciencia el cumplimiento de nuestra esperanza (Romanos 8:21-25). No importa lo que hagamos por este cuerpo, no importa cuántas veces seamos sanados, si Jesús tarda, moriremos.

Sin embargo, la Biblia no nos dice esto para desanimarnos, sino para que reconozcamos que debemos animar y cultivar nuestra vida en el Espíritu, porque el Espíritu aviva (resucita), y esto es nuestra verdadera esperanza (Romanos 8:11). En realidad, aunque el “hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día” (2 Corintios 4:16).

De igual manera esta renovación interior nos ayuda a tener la fe para reclamar el privilegio de sanidad divina. A la mujer sanada del flujo de sangre, Jesús dijo, “hija, tu fe te ha hecho salva” (Marcos 5:34).

Pablo en Listra, cuando vio que un cojo que había oído el evangelio tenía en su corazón la fe de ser sanado, lo mandó a pararse (Hechos 14:9,10).

La renovación interior de la mente (Romanos 12:2; Colosenses 3:10) se ve también en la gran fe del centurión romano que reconocía la autoridad de la palabra de Cristo (Mateo 8:5-13) y la mujer sirofenicia que creía que aun las migajas satisfacían las necesidades (Mateo 15:28; Marcos 7:24-30).

Que la sanidad divina viene por fe es confirmado por el hecho de que la falta de fe impidió su recepción en Nazaret (Marcos 6:5,6) y al pie del monte de la transfiguración (Mateo 17:14-20). Allí Jesús indicó también la necesidad de expresar la fe por medio de la oración y el ayuno (Marcos 9:29).

En el Antiguo Testamento la oración es uno de los medios principales para la sanidad. Muchos de los Salmos incluyen oraciones para sanidad. Muchos de los profetas oraban por la sanidad de otros. Santiago 5:15 promete que la oración de fe salvará a los enfermos y el Señor los levantará.

La gran fe entonces recibe sanidad por la sencilla Palabra del Señor.

Pero Jesús no rechazaba a los que tenían poca fe o una fe débil. Los enfermos muchas veces tenían dificultad en expresar su fe, y Jesús hacía varias cosas para ayudarlos.

A algunos Él tocaba (Marcos 1:41; 8:22), los tomaba de la mano (Marcos 1:31; Lucas 14:4), o ponía las manos sobre ellos (Marcos 6:5; 8:25; Lucas 4:40; 13:13).

A otros Él ayudaba en una variedad de maneras, y a veces éstas requerían fe y obediencia de parte de la persona que era sanada (Marcos 7:33; 8:23).

Otros aprendían que el solo tocarlo o tocar sus ropas los ayudaba a expresar fe (Marcos 3:10; 5:28; 6:56; Lucas 6:19).

La sombra de Pedro tenía el mismo efecto por un tiempo (Hechos 5:15), así también como los paños y delantales de trabajo del taller de Pablo (Hechos 19:12).

La fe, sin embargo, tenía que ser en el Señor, y no en el medio usado para ayudarlos a expresar su fe. Esto parece ser la razón de la gran variedad de medios usados, para que la gente no se fijara en el medio en vez de fijarse en Dios.

De la misma manera, Santiago 5:14 manda a que los enfermos llamen a los ancianos de la iglesia para ungirlos con aceite en el nombre del Señor. No es el aceite (un símbolo del Espíritu Santo) que trae la sanidad, sino la oración de fe.

La promesa, “el que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también”, está conectada con la oración, pidiendo en el nombre de Cristo (Juan 14:12-14; 16:23,24). Su nombre, sin embargo, es la revelación de su carácter y naturaleza. Tenemos esto dentro de nosotros solamente si permanecemos en Cristo y sus palabras permanecen en nosotros (Juan 15:7). Entonces nuestra voluntad está de acuerdo con su voluntad, y podemos pedir lo que queremos, y nos será dado.

Algunos han tratado de limitar la sanidad (especialmente la promesa de Éxodo 15:26, el pacto de sanidad o salud) a Israel. Pero la sanidad del sirviente del centurión y la hija de la mujer sirofenicia muestran que la sanidad es el privilegio de los gentiles también. En realidad, hay sanidad para quienes la desean y que responden a Jesús, aunque Él todavía no haya tratado con sus pecados (como en el caso del hombre parálítico en el estanque de Betesda, Juan 5:2-9,14).

Otros han dicho que la sanidad divina es contraria a la profesión méduca o está en competencia con ella. Esto no es cierto. Los médicos con sus habilidades han ayudado a muchos.

Es cierto que el Señor es el Gran Médico. También es cierto que la Biblia condena al rey Asa porque “en su enfermedad no buscó a Jehová, sino a los médicos” (2 Crónicas 16:12). Pero Asa ya había buscado ayuda de Siria en un acto de incredulidad y desobediencia cuando rehusó depender del Señor (2 Crónicas 16:7). El énfasis no es que buscaba a los médicos (que en este caso podrían haber sido médicos paganos), sino que él rehusó buscar al Señor.

Es evidente que el médico tenía una posición de honor en Israel (Jeremías 8:22). Jesús también presentó de una manera positiva el uso médico del aceite y el vino por el buen samaritano (Lucas 10:34).

Cuando la mujer con el flujo de sangre fue sanada, se nos dice que “había sufrido mucho de muchos médicos, y gastado todo lo que tenía, y nada había aprovechado, antes le iba peor” (Marcos 5:26). Si hubiera sido malo que ella fuera a los médicos, este habría sido el lugar perfecto para que Jesús se lo dijera. Pero Él no lo hizo. Más bien, Él aceptó la fe que ella ahora expresaba y la elogió por esa misma fe. Aún hoy Dios ha hecho muchos milagros por los enfermos que los médicos han desahuciado.

Jesús también mandó a los 10 leprosos que se mostraran a los sacerdotes (Lucas 17:14). Bajo la Ley, los sacerdotes estaban a cargo del diagnóstico, cuarentena, y salud (Levítico 13:2ff.; 14:2ff.; Mateo 8:4). Entonces Jesús reconoció la necesidad de los diagnósticos humanos.

Los sacerdotes, sin embargo, eran agentes del Señor, y en este sentido es posible entender todas las sanidades como divinas, sean instantáneas o graduales (vea Marcos 8:24). Por otra parte, los que la Biblia registra que fueron sanados no testificaban de sanidad divina hasta que ésta realmente se efectuaba con el poder divino.

Reconocemos que ha habido abusos hoy. Pero no podemos permitir que esto nos impida la proclamación positiva de la verdad de las Escrituras. Los apóstoles podían decir, “lo que tengo te doy” (Hechos 3:6).

Los dones de sanidad están entre la variedad de dones y manifestaciones del Espíritu puestos en la iglesia como el cuerpo de Cristo (1 Corintios 12:4-11,28-30). Como los otros dones, éstos parecen ser administrados por miembros del cuerpo para la edificación de los que lo necesitan. (De la misma manera que la palabra de “sabiduría” no hace que la persona sea sabia, los dones de sanidad no hacen que la persona sea sanadora. Es decir, como una palabra nueva de sabiduría es dada para cada necesidad, así también un don nuevo de sanidad es dado para cada enfermedad individual.)

También encontramos, en el ministerio de Jesús y en el de los apóstoles, que había tiempos en que el evangelio estaba siendo predicado en áreas nuevas y situaciones nuevas cuando los

milagros eran especialmente prominentes. Esto parece ser el caso cuando los milagros especiales fueron hechos por mano de Pablo (Hechos 19:11).

En humildad reconocemos que no entendemos todo lo relacionado con la sanidad divina. Todavía vemos por un espejo, oscuramente. No entendemos por qué algunos son sanados y otros no, ni entendemos por qué Dios permitió que Jacobo fuera martirizado y Pedro liberado. Sin embargo, las Escrituras dicen claramente que nuestra parte es predicar la Palabra y esperar que las señales sigan.

El Texto Bíblico ha sido tomado de la versión Reina-Valera ©1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

© 2006 Concilio General de las Asambleas de Dios
1445 North Booneville Avenue
Springfield, Missouri 65802-1894